

Juan José Becerra

Un hombre





Seix Barral Biblioteca Breve

Juan José Becerra

Un hombre

UN HOMBRE

Compró un Rambler Ambassador Classic 990 De Luxe azul Tiffany metalizado de 1965, el año en que nació. Tiene motor Tornado de seis cilindros en línea, servofrenos, aire acondicionado, radio a perilla, cuatro marchas al volante, bocina de aro y cinco ceniceros de aluminio con tapa.

El frente es una maravilla de líneas rectas, con dos parrillas exactamente iguales, una arriba de la otra, y faroles cuadrados en cada punta, pero el efecto visual es el de que hay una sola reflejada en un espejo, como la montaña que se reproduce invertida en el lago.

Si hubiera corrido las Vespas y los monopatines eléctricos que no sabe para qué compró, y reubicado las macetas salteñas y los bancos de plaza, que tampoco sabe para qué compró, se podría haber abierto un espacio para estacionar momentáneamente el Rambler en la entrada imperial, bajo el jazmín del país, entre los dos garajes cerrados donde guarda la Audi X6 y la Range Rover Evoque.

Pero no lo convencía la suciedad que cae a cambio de un perfume que atonta a los pájaros y también a él. Es una lluvia de abono que se desprende sin cesar: hojas, ramas, flores muertas, hormigas doblegadas por sus cargas. Demasiada chatarra orgánica para que no se pudran rápido las carrocerías.

Una alternativa era llevarlo a un estacionamiento techado, al costo de no verlo. Otra, la que ejecutó, era montar un techo de acrílico sobre una estructura de tubos metálicos para cubrirlo de los deshechos, la lluvia y el granizo. Pero la joya del pasado se convirtió pronto en una molestia que había que mover. Lo adelantaba y lo retrocedía varias veces por día, nunca más de cinco o seis metros por vez, la mayoría de las veces sin encender el motor, dándole empujones en el cuarto trasero y palmeándolo como a un caballo.

Los sábados se dedicaba a lavarlo con un criterio de pulcritud que lo llevaba a la locura. No le bastaba el trabajo de limpieza. Quería que de la carrocería se desprendiera la misma luz que bajaba del cielo al mediodía, y que quienes se animaran a ver el Rambler pagaran ese privilegio con la ceguera. Era mejor, para la condición mítica del vehículo, que no se pudiera ver del todo. Entreverlo era lo máximo a lo que podía aspirarse. Entreverlo o intuirlo no como un auto sino como un resplandor que se presenta por delante de un misterio.

Lo lavaba, lo lustraba, secaba los vidrios con papel de diario y, una vez que obtenía la perfección, buscaba las imperfecciones y encontraba partículas de universo, dedos marcados, hilachas de los trapos que le sacaban lustre a la chapa, huellas prácticamente invisibles reveladas por el contraluz. Y se quería matar, atormentado por no poder mantener el mundo a la altura de sus exigencias, que no eran las de tener un Rambler limpio sino un Rambler puro.

De esa intransigencia lo salvaba su amor a la velocidad. Como si le gustara el negro y el blanco por igual, lo satisfacía tanto ver el auto immaculado como sentir los insectos deshaciéndose contra el frente cuando salía a la ruta. Esa también era una pureza para él, la pureza de lo natural que se presentaba cuando la máquina volvía a ser un viento de 1965 que aún soplaba. Luego se detenía a estudiar la masacre, deducida de los fragmentos de alas que coloreaban las superficies cromadas, y de los surcos de líquidos viscosos que salpicaban el parabrisas.

Cada vez que volvía de la ruta, su bulldog francés, Bronco, meaba las ruedas. La mala costumbre cesó cuando conectó una batería a las tazas de aluminio y el perro, al volver a descargar su hilo de agua dorada con sedimentos de hígado graso, recibió una descarga corta de 380 voltios que lo catapultó en rotaciones mórbidas por encima de un cantero y lo dejó tendido en el césped como un trapo mojado.

La corrección fue aleccionadora a tal punto que Bronco abandonó su hábito de frecuentar ruedas y máquinas eléctricas del orden que fuesen. Evitó acercarse al lavarropas, la carretilla, las Vespas, y se recostó, para mayor seguridad, al pie de los árboles y de las macetas salteñas. Pero a él le quedó un mal recuerdo de su perro sacudiéndose en contorsiones vibrátiles bajo la luz fantasmal de la luna, y trató de imaginar una solución armónica para que el animal no pusiera en juego su vida y las ruedas del Rambler no quedaran veteadas por sus eyaculaciones de ácido.

No tuvo tiempo para desplegarla. Lo esperaban en su constructora, a la que llegó manejando una de las Vespas. La estacionó en el patio central, metió el teléfono en el casco italiano (un gesto de improvisación en el manejo de los accesorios que sus empleados, cuando bajaban de sus motos imitación Vespa, recreaban por admiración y temor), y entró a la oficina.

Los volúmenes de los fideicomisos crecían en la aplicación animada que miraba en las pantallas con la fascinación del hombre que contempla el fuego. Veía el crecimiento en tiempo real. Eran sus sembrados, que él regaba ejerciendo presiones insoportables sobre las capas medias y bajas de la empresa. El resultado era óptimo para el momento del mercado inmobiliario, sus competidores y las condiciones generales de la economía. No para él, que no confiaba en la abundancia a la que tendía su suerte,

y administraba sus negocios con la austeridad que suele aplicarse en los ciclos negativos.

Dio unas instrucciones con unas pocas palabras confusas y sin mirar a nadie. Quería que el verdadero mensaje, el de su malhumor, atormentara a los empleados para que se lanzaran al esfuerzo extra. Se movía con maestría inoculando el temor, que en las oficinas se medían en bloques de silencios helados y en una cultura del recelo y la competencia desleal.

Dejando en marcha la maquinaria de la preocupación colectiva de la que vivía como de una transfusión de sangre, se fue a ver un Jaguar E-Type plateado modelo '72, expropiada del actor Dennis Moore, de 5400 centímetros cúbicos y 272 caballos que remataban en la Aduana.

Entre los paneles de puerta de cuero beige, sobre los asientos de cuero beige, bajo el cielorraso beige habían estado las mujeres de Moore. En términos estadísticos, la mitad de las estrellas de Hollywood de su época, que veían en la adicción de Moore a la velocidad una representación infantil del amor a la vida, y a ellas.

Lo compró sin ver el motor. Doscientos doce mil dólares. Contrató el servicio de un camión plancha, y lo bajaron en la puerta de su casa, sucio, como recién desenterrado. Pero él sabía, mediante una memoria asombrosa por el detalle tecnológico y el halo del pasado, qué gloria de la ingeniería se ocultaba

bajo la opacidad. Su mujer, no. Ella vio ese bulto cubierto de polvo en contraste con las rejas Versailles recién restauradas que cercaban la mansión y le preguntó qué era esa cosa mugrienta que habían dejado ahí, tirado ahí. Desde su punto de vista, el Jaguar, de un color incierto, emitía mensajes ilegales y arruinaba el entramado simétrico del conjunto.

Él activó los motores de la reja y entró el Jaguar empujándolo y maniobrando el volante desde afuera. Lo estacionó detrás del Rambler, bloqueando el garaje de la Audi X6. Conectó la manguera y lo lavó, un hecho inusual para una noche de invierno si no se comprende la pasión de quien lo comete.

Lo secó con una pistola de calor de pico concentrado. Era un diamante en el fondo de un pozo negro. Lo miró de frente, y lo rodeó con la mirada en una breve aventura por el camino de la excelencia. La parrilla ovalada, los fragmentos de paragolpes montados entre los enormes faroles circulares con terminación en pico de jarra, las pequeñas cajas rectangulares del giro, la elevación del capó para que cupiera el tesoro de los doce cilindros en V, el volante de madera de haya y las ruedas Yorkshire de setenta y dos rayos le agotaban la imaginación: no había nada que pudiera discutirse. Cada pieza había llegado a la cima de lo que le tocaba expresar.

Al día siguiente tuvo que levantarse un poco más temprano para mover el Jaguar, el Rambler y las Vespas.

Vio que todo lo que movía hacía atrás luego debía moverlo hacia adelante. En el fondo era una experiencia amarga, de inmovilidad, de escribir en el espacio un desplazamiento para después borrarlo.

Del modo en que lo hacía, ¿se movían o no se movían los vehículos? Se movían como autos muertos. No lo soportaba. La decisión de coleccionarlos obedecía a la voluntad retrospectiva de tener de esos autos todo el movimiento que habían realizado, toda la vida que hubo sobre sus asientos, todo el calor acumulado en sus metales; y, también, al deseo de que no se detuvieran, para que el pasado del que venían se lanzara a un porvenir de viajes que pudieran suceder en un tiempo mixto.

El problema del mundo es el espacio, y no tanto el espacio en sí como lo que sobra y lo que falta en el espacio. Y a esos autos les faltaba un espacio acorde a sus delicadezas; además de estar sobrando allí donde él los había situado, ya no entorpeciendo momentáneamente la entrada y salida de los autos nuevos, sus autos sin historia, sino bloqueando a diario los garajes.

Un día no tuvo el tiempo suficiente para correr el Rambler y el Jaguar a la mañana y oyó los bocinazos ensordecedores de la Audi X6. Eran de su mujer en estado de locura contenida, pronunciando con la bocina un discurso crítico sobre la acumulación de autos del pasado en las piedras de la entrada imperial.

Los chicos saltaron de las camas y vieron a su madre en el estado de una fuerza sin control, casi sin dirección, y a su padre bajando una y otra vez sus manos en demanda de calma. Él les pidió a los chicos que regresaran a sus cuartos y hablaron en el baño de la suite matrimonial. Lo más importante lo dijo ella, describiéndose como alguien que lo amaba a él, no así a lo que él amaba, en alusión al Jaguar, el Rambler y las colecciones del porvenir.

Ella salió con los chicos hacia la escuela en la Audi X6 llevando una marcha lenta, de remordimiento por no comprender la pasión del hombre que amaba. Cuando debió tocar bocina porque Bronco se le cruzó a la altura de la reja, no lo hizo. Ella hubiera preferido aplastarlo antes de evocar los fantasmas de la ira que ya habían partido y le habían dejado postrada en una celda de vergüenza. Pero el perro se salvó, auxiliado por las alarmas de su especie, y él los vio alejarse en la camioneta: seres queridos entrando a la niebla de la distancia.

Caminó por el parque. Mejor dicho, rebotó con sus Crocs sobre los resortes de la grama brasilera. Bronco lo bordeaba en círculos de afecto demasiado cercanos, al modo de un palo en la rueda. Él lo apartó con una palabra y se sentó en uno de los bancos y vio el fondo de cañas de bambú. Un decorado de naturaleza que discutió con su mujer a lo largo

de semanas, y que acordaron instalar aunando posiciones insalvables.

Él sostenía que era una naturaleza implantada, pero auténtica; y ella, que era un artificio, pero de materia natural. Sea como fuese el espíritu de su existencia, el cañaveral era en los hechos una pared de cercos con una trampa (una trampa sembrada), por la que se llegaba al alambrado perimetral mediante movimientos laberínticos.

Entre las cañas, como una caña más, miró el alambrado y vio que estaban desmalezando el lote lindante. La realidad es una caja de sorpresas. Salió de su casa conteniendo la corrida a la que lo empujaban la ansiedad y la felicidad por lo que estaba llegando, rodeó la manzana y habló con el jardinero. En un minuto supo que se había resuelto una sucesión interminable, prueba, según el jardinero, de que hasta lo interminable se termina.

Rastreó el origen de la propiedad, llegó a los dueños, se presentó como vecino y se ofreció a mantener el lote libre de intrusos, poner un cartel de venta y atender personalmente a los interesados. El primero, él, que una semana más tarde concretó la compra. El terreno era del mismo ancho y largo que el de su mansión. No tenía un solo árbol, ni construcciones residuales ni pozos. Era una tabla rasa por la que empezaban a pasarse los dibujos de su imaginación, abiertos al abismo del futuro.